

DOMINGO SEXTO DESPUES DE LA EPIFANIA.

EUNGEIO DE S. MATEO.

Cap. 13. v. XXXI. XXXV.

Las cosas que yo os digo, cumplíendose lo que he dicho el profeta. Abrió mi boca para hablar parábolas: publicaré cosas misteriosas que han estado ocultas desde la creación del mundo.

PLATICA XIX.

Tercer año de la predicacion de Jesus, y su Transfiguracion.

Locutus est Jesus in parabolis ad turbas: et sine parabolis non loquebatur eis: ut impletur quod dictum erat per prophetam dicentem. Aperiam in parabolis os meum, et eruelabo abscondita a constitutione mundi.

Habló Jesus por parábolas ó símiles al pueblo, sin las cuales no solia predicarles: cumpliendose así lo que habia dicho el profeta. Abrió mi boca para hablar con parábolas; publicaré cosas misteriosas que han estado ocultas desde la creación del mundo.

San Mat., cap. 13, vv. XXXIV y XXXV.

CRISTIANOS: Muy poco se necesita discurrir para conocer desde luego, que solo los que no conozcan la doctrina de Jesucristo pueden ser enemigos de ella. Es tan dulce, tan suave, tan divina y tan acomodada á nuestros deseos que es imposible conocerla y no amarla, y amándola, dicho se está que hay que amar á quien la inventó y anunció. Los que se aman no son enemigos; y he aquí por qué digo: que solo los que no conozcan la doctrina de Jesucristo pueden ser enemigos de ella. Que sea suave y dulce, es tan claro por sí mismo, que ni necesidad hay de explicarlo. Con solo decir que está fundada en amor, está dicho cuanto decirse puede. Que se acomode y satisfaga nuestros deseos, es tambien evidente. ¿Quién hay que no desee ser feliz? ¿Quién que no quiera vivir eternamente entre goces positivos, cual jamás en este mundo los hubo, libre de cuidados, de fatigas y enfermedades? ¿Quién no desea tener amigos

verdaderos para con ellos solazarse sin temor de ningun género? Pues todo esto y mucho mas está reservado para los fieles observadores de la doctrina que Jesucristo predicó, que es la misma que nos enseña nuestra Santa Madre Iglesia. Contiene á la verdad grandes misterios, que por lo mismo que lo son, no podemos comprenderlos. Pero esto ¿qué importa? Es decir: ¿Qué impedimento puede ser él que no comprendamos los misterios, para creerlos? Ninguno: antes por el contrario: por no comprenderlos y creerlos tiene tan gran mérito nuestra fé, y le agrada tanto á Dios, que dice él mismo: que el que cree en él, aunque llegue á morir, no habrá que temer su muerte, porque vivirá en realidad de verdad y todo el que vive y cree en él con fé viva, nunca jamás morirá. Se separará, sí, la alma del cuerpo, y esta separacion durará por algun tiempo, pero mientras así están separados alma y cuerpo, el alma que es la que percibe y siente gusta de la vida eterna, entre tanto que el insensible cuerpo permanece en la inaccion: mas llegará un dia en que informado de nuevo por el alma, será como nunca fué de hermoso, agil y sutil, y durará su union tanto como la eternidad. Ademas, señores. ¿Quién, que de sano juicio sea, puede estrañar que la religion que profesamos contenga misterios? Nadie, porque la naturaleza está llena de ellos, y nosotros mismos somos arcaas de misterios; conocemos, vemos, percibimos y palpamos los efectos, pero ignoramos el principio ó el cómo se efectuan. Todos sabemos que arrojada la simiente en tierra apropósito, nace; pero cómo nace, esto es, como un grano, cuyo centro todo es harina, se desenvuelve y produce muchos granos, ningun hombre ha podido averiguarlo: y he aquí, entre otros infinitos, un misterio de la naturaleza. Todos sabemos tambien que vemos con los ojos, oímos con los oidos, que gustamos, olemos y palpamos con los respectivos sentidos, pero cómo se verifica la vision, la audicion y demas, nadie lo sabe. Todos sabemos que pensamos, que discurrimos, que nos alegramos y entristecemos, pero cómo se efectua esto, nadie lo sabe, sino solo Dios y á quien él se lo quiera revelar; y he aquí porque digo, que nosotros mismos somos arcaas, ó cada uno de nosotros es una arca de misterios. Y si tantos hay en el orden natural, en el que nadie nos prohibe hacer experimentos, ¿Quién es el atrevido que estraña haya misterios en el orden sobrenatural y divino? Solo el impío, y nadie mas que el impío. Sí: solo el que quisiera que no hubiera un Dios que le juzgara y castigara sus crímenes, es el que puede repugnar nuestra Santa religion bajo el pretexto frívolo que contiene misterios. Contenga cuantos quiera: todos los creemos los católicos, tal cual la Santa Iglesia nos lo enseña, porque sabemos y nos consta por los milagros, que Dios así lo ha revelado.

Sí: nos consta por los milagros que contienen los sagrados libros y nosotros mismos presenciarnos. No: no es cierto lo que muchos dicen, que ningun milagro vemos nosotros: los vemos y los palpamos. Aparte de la dispersion en que se hallan los judíos, sin poderse reunir por mas esfuerzos que han hecho y hacen para reunirse; presenciarnos la transformacion que del mundo hizo Jesucristo y sus apóstoles, y esta transformacion que presenciarnos es un verdadero milagro. Antes de Jesucristo todo el mundo, con muy pocas escepciones, era idólatra, y todo el mundo, con muy pocas escepciones, por efecto de la predicacion de Jesucristo y sus discípulos, ha dejado de ser idólatra. ¿Quién era Jesucristo? Segun el mundo, un hijo de unos pobres artesanos, del carpintero José y de su esposa María, pero un hijo que nunca anduvo á la escuela, que no estudió. ¿Quiénes eran los apóstoles? unos pobres hombres, sin prestigio, sin ciencia, y sin nada de lo que el mundo aprecia ó estima en algo. ¿Qué nos dice la religion acerca de Jesucristo? Que era el Hijo de Dios vivo que se hizo hombre por redimirnos y enseñarnos. Transformar el mundo como Jesucristo le transformó sin armas ni mandanas riquezas, no es propio de un hombre, es solo de Dios. Sí: solo Dios pudo hacer lo que Jesucristo hizo. ¿Y qué mucho que así lo hiciera, siendo Jesucristo Dios y hombre verdadero? Oigamos pues su doctrina, mis amados, y aprovechémonos de ella: al efecto voy á ocuparme de referiros algunos pasages de los que tuvieron lugar durante el tercer año de la predicacion de Nuestro Redentor Jesus. En todas las ocasiones le vereis solícito por la salvacion de nuestras almas: siempre amante, siempre generoso. Continúad atentos:

El evangelista san Lucas refiriendo lo que Jesucristo Redentor Nuestro, obró en el tercer año de su predicacion y último de su vida, nos dice (1): que andaba Jesus por las ciudades y aldeas predicando y anunciando el reino de Dios, acompañado de los doce apóstoles, y de algunas mujeres, que habian sido curadas de varias enfermedades y libradas de los espíritus malignos; de María, por sobrenombre Magdalena, de la cual habia echado siete demonios, y de Juana, mujer de Cusa, mayordomo del rey Herodes; y de Susana, y de otras muchas que le asistian con sus bienes. Algun tiempo despues dió poder á los apóstoles y autoridad sobre todos los demonios (2), y virtud de curar enfermedades; y los envió á predicar el reino de Dios, y á dar la salud á los enfermos, y les dijo: No

(1) Cap. 8, vv. 1, II y sigs.

(2) Id., cap. 9, vv. 1, II y sigs.

lleveis nada para el viaje, ni palo para defenderos, ni alforjas para provisiones, ni pan, ni dinero, ni mudas de ropa. En cualquiera casa que entréis permaneced allí, y no la dejéis hasta la partida para otro lugar. Y donde nadie os recibiere; al salir de la ciudad, sacudid aun el polvo de vuestros pies, en testimonio contra sus moradores.

Habiendo pues recibido estas instrucciones, partieron los apóstoles y anunciaban el Evangelio de lugar en lugar, curando á la vez cuantos enfermos se les presentaban. A la vuelta de su mision, contaron á Jesus todo cuanto habian hecho; y el Señor tomándolos consigo aparte, se retiró á un lugar desierto del territorio de Betsaida: lo que sabido por los pueblos se fueron tras él, y entonces fué cuando con cinco panes y dos peces dió de comer á cinco mil hombres, y no solo comieron hasta saciarse sino que se llevaron doce cestos con lo que sobró. Visto el milagro que Jesus habia hecho (1), decian aquellos hombres: Este es el gran profeta que ha de venir al mundo. Por lo cual conociendo Jesus que habian de venir para llevársele por fuerza, y levantarle por rey, se huyó él solo otra vez al monte. Siendo ya tarde, bajaron sus discípulos al mar y habiendo entrado en una barca, iban atravesando el mar hacia Cafarnaum. Soplabá un viento muy recio y el mar se iba hinchando, cuando de repente ven venir á Jesus andando sobre las olas, y arrimarse á la nave; y creyendo ellos que era una fantasma, se asustaron. Mas Jesus les dijo: Soy yo, no tenéis que temer. Quisieron, pues, recibirle á bordo; y la barca tocó luego en el sitio á donde se dirigian.

Después de esto andaba Jesus por Galilea; porque no quería ir á Judea (2), visto que los judíos procuraban su muerte. Mas estando próxima la fiesta de los judíos llamada de los Tabernáculos, le digeron sus parientes: Sal de aquí y véte á Judea, para que tambien aquellos discípulos tuyos vean las obras maravillosas que haces. Y Jesus les dijo. Mi tiempo no ha llegado todavía: el vuestro siempre está á punto. A vosotros no puede el mundo aborreceros: á mí si que me aborrece, porque yo demuestro que sus obras son malas. Los judíos pues, en el día de la fiesta le buscaban por Jerusalen y decian. ¿En dónde está aquel? Y era mucho lo que se susurraba de él en el pueblo. Como quiera, hácia la mitad de la fiesta, subió Jesus al templo, y se puso á enseñar como tenia de costumbre. Entre las cosas que les dijo; fué una esta. «No queráis juzgar por las apariencias, sino juzgad por un juicio recto.» Entonces comenzaron á decir algunos de Jerusalen. ¿No es éste á quien buscán para darle

(1) S. Juan, cap. 6, vv. XIV y sigs.

(2) Id., cap. 7, v. I y siguientes.

la muerte? Y con todo, vedle que habla públicamente, y no le dicen nada. ¿Si será que nuestros príncipes han conocido de cierto ser este el Cristo? Pero de este sabemos de dónde es: mas cuando venga el Cristo nadie sabrá su origen. Esta, mis amados, era la conversacion que por todas partes se oía en la ciudad. En el último día de la fiesta, que era el mas solemne, Jesus se puso en pie, y en alta voz decia: si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Del seno de aquel que cree en mí, manarán, como dice la Escritura, rios de agua viva. Esto lo dijo por el Espíritu Santo que habian de recibir los que creyesen en él. Muchas de aquellas gentes habiendo oido estos discursos de Jesus, decian: Este ciertamente es un profeta. Este es el Mesías, decian otros. Con esto se suscitaban disputas en el pueblo sobre su persona. Jesus entonces se retiró á Betsaida en donde le presentaron un ciego (1), suplicándole que lo tocara. Y Jesus cogiéndole por la mano, le sacó fuera de la aldea; y echándole saliva en los ojos puestas sobre él las manos, le preguntó si veia algo: el ciego abriendo los ojos, dijo: Veo andar á unos hombres, que me parecen como árboles. Le puso segunda vez las manos sobre los ojos y empezó á ver mejor; y finalmente, recobró la vista completamente. Desde allí partió Jesus con sus discípulos por las aldeas comarcanas de Cesarea de Filipo, y en el camino les hizo esta pregunta. ¿Quién dicen los hombres que soy yo? Quién dice, le respondieron, que Juan Bautista; quién Elias, y otros en fin, que eres como uno de los antiguos profetas. ¿Y vosotros, quién decís que soy yo? Entonces Pedro respondiéndole por todos le dice: Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo, el Mesías deseado. Y les prohibió rigurosamente el decir esto á ninguno hasta que fuese la ocasion de publicarlo. En seguida comenzó á declararles como convenia que el hijo del hombre padeciese mucho, y fuese desechado por los ancianos, y por los príncipes de los sacerdotes, y por los escribas, y que fuese muerto, y que resucitase á los tres días. Y de esto hablaba muy claramente.

Convocando después al pueblo con sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo y cargue con su cruz, y sígame. Quien se avergonzare de mí y de mi doctrina.... igualmente se avergonzará de él el Hijo del hombre cuando venga en la gloria de su Padre, acompañado de los ángeles santos. Y les añadió. En verdad os digo, que algunos de los que aquí están, no han de morir sin que vean la llegada del reino de Dios ó al hijo del hombre, en su magestad. No tardó mucho, católicos, en realizarse esta promesa del Señor, pues á los seis

(1) S. Marc., cap. 8, v. XXII y siguientes.

días (1) *de haberla hecho*, tomó Jesus consigo á Pedro, á Santiago y á Juan: y les condujo solos á un elevado monte, en lugar apartado, y se transfiguró en presencia de ellos: de modo que su rostro (2) se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve. Al mismo tiempo aparecieron Moisés y Elías conversando con él *de lo que debía padecer en Jerusalem*. Entonces Pedro tomando la palabra, dijo á Jesus: Señor, bueno es estarnos aquí: si te parece, formemos aquí tres pabellones, uno para tí, otro para Moisés, y otro para Elías.

— Todavía estaba hablando Pedro, cuando una nube resplandeciente vino á cubrirlos; y al mismo instante resonó desde la nube una voz que decia: este es mi Hijo querido, en quien tengo mis complacencias. A él habeis de escuchar. A cuya voz cayeron los discípulos sobre su rostro en tierra, y quedaron poseídos de un grande espanto. Mas Jesus se llegó á ellos, los tocó y les dijo. Levantaos, y no tengais miedo; y alzando los ojos no vieron á nadie sino solo á Jesus. Al bajar del monte les puso Jesus precepto, diciendo: No digais á nadie lo que habeis visto, hasta tanto que el hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos. Sobre lo cual le preguntaron los discípulos ¿pues, cómo dicen los escribas que debe venir primero Elías? A esto Jesus les respondió: En efecto, Elías ha de venir *antes de mi segunda venida*, y entonces restablecerá todas las cosas. » Hasta aquí el pasaje de la transfiguracion tal cual nos la refiere el evangelista san Mateo. Reflexionemos, mis amados, un momento sobre él, y á manera de abejas, estraigamos cuanta dulzura podamos para aprovechamiento nuestro. Jesucristo se transfiguró, esto es, dejó que percibieran los tres indicados discípulos una pequeña ráfaga de la gloria que le es propia. Y si con solo un pequeño rayo del resplandor que es natural á Jesus, tanta admiracion causó á los tres apóstoles, como en nombre de todos manifestó san Pedro, ¿qué será ver á nuestro amabilísimo Redentor en la plenitud de su gloria y magestad? ¿Qué diremos nosotros mismos si tenemos la dicha de participar de aquella gloria tan hermosa? ¿Cuánto nos alegraremos entonces de haber llevado con paciencia y santa resignacion los trabajos de esta vida, la mortificacion de nuestras pasiones, la privacion de nuestros gustos, con todo lo demas que el Señor reclama que hagamos durante los cuatro días que estamos en este mundo? Para así estimularnos, para que tuvieramos alguna idea de la grande dicha que espera á los fieles observantes de la ley divina, eligió el Señor á los tres apóstoles para que fuesen testigos de este hecho lumino-

(1) S. Marc., cap. 9, v. I.

(2) Mat., cap. 17, v. II y siguientes.

so, y en tiempo oportuno le anunciaran á las gentes, como lo hicieron derramando gustosos su sangre, y dando la vida por sostener esta y las demas verdades que predicaron. Esfuércese el mundo por complacerles, haláguenles cuanto quieran los Reyes y poderosos de la tierra para que se desdigan, nada consiguen: los apóstoles todo lo desprecian, como no sea la doctrina de Jesus y la conversion de las almas. Pues si vieron en parte la gloria del Señor: pues si presenciaron sus milagros: pues si ellos mismos los hicieron en nombre de Jesus: si se alimentaron con su divina palabra: ¿cómo habian de desdecirse? Cómo no sostener la divinidad de la doctrina que de Jesus aprendieron. Solo Judas y los tan pérfidos como Judas pueden negar ó dudar ser toda celestial la doctrina que tenemos y creemos los cristianos católicos. Al mandato de Jesus comparecieron, ante tres testigos de la mayor escepcion, Moisés y Elías prestando sus respetos y homenaje al que era su Dios; el mismo de quien Moisés recibió la ley que publicó, y el mismo á quien anunciaron los profetas representados en Elías. He aquí, mis amados, lo que se deja traslucir que Jesucristo intentó al transfigurarse ante Pedro, Santiago y su hermano Juan. Cuando llegó á donde estaban los demas discípulos (1) suyos, los vió rodeados de una gran multitud de gente, y á los escribas disputando con ellos. Y todo el pueblo luego que vió á Jesus, se llenó de asombro y pavor, y acudieron todos corriendo á saludarle. El Señor les preguntó ¿sobre qué alternabais entre vosotros? Y respondiendo uno de ellos dijo: Maestro, yo he traído á tí un hijo mio, poseido de cierto espíritu *maligno que le hace quedar mudo*: el cual donde quiera que le toma, le tira contra el suelo, y le hace echar espuma por la boca, y crugir los dientes y se va secando. Traédmele, dijo el Señor, y se le trageron con efecto; y apenas vió á Jesus, cuando el espíritu empezó á agitarle con violencia; y tirándose contra el suelo, se revolcaba, echando espumarajos. Jesus preguntó á su padre: ¿cuánto tiempo hace que le sucede esto? Desde la niñez, respondió; y muchas veces le ha precipitado en el fuego y en el agua, á fin de acabar con él; pero si puedes algo, socórrenos, compadecido de nosotros. A lo que Jesus le dijo: si tú puedes creer, todo es posible para el que cree. Al punto el padre del muchacho, bañado en lágrimas, esclamó diciendo: O Señor, yo creo; ayuda tú mi incredulidad *fortalece mi confianza*. Viendo Jesus el tropel de gente que iba acudiendo, amenazó al espíritu inmundo, diciéndole. O espíritu sordo y mudo, yo te lo mando, sal de este mozo, y no vuelvas mas á entrar en él. Y dando un gran grito, y atormentando horribilmente al jóven, salió de él,

(1) S. Marc., cap. 9, v. XIII.